

## EN EL UMBRAL DEL TERCER MILENIO

POR

JOSÉ ORLANDIS

SUMARIO: I. *MUNDUS SEVESCENS*: 1. Un clima de frivolidad; 2. El eclipse del amor.—  
II. HACIA UNA NUEVA SOCIEDAD CRISTIANA: 1. Perspectivas de una cosmovisión  
cristiana; 2. La novedad cristiana en el mundo actual; 3. Los grandes de-  
safíos.

*En el umbral de este año 2001, publiqué un pequeño libro titulado La vida cristiana en el siglo XXI (1). El ruego de un ilustre y querido amigo —que es para mí mandato gratisimo— me ha movido a escribir estas letras en las que trataré de resumir, con rigor y brevedad, las líneas maestras de lo que intenté transmitir en aquel libro. Pero esas ideas, a las que no falta una cierta intención de mensaje, han de insertarse en el contexto de la circunstancia impar que estamos viviendo. El método a seguir será exponer en primer término los grandes rasgos que dibujan el perfil del momento presente, para reflexionar luego sobre algunos objetivos fundamentales de la gran tarea que el Papa Juan Pablo II ha calificado sin reservas como la urgente y necesaria "nueva evangelización",*

---

(1) JOSÉ ORLANDIS: *La vida cristiana en el siglo XXI*, Rialp, Madrid, 2001.

## 1. Un clima de frivolidad

Un mundo envejecido —*mundus senescens*, según la clásica expresión de San Jerónimo—, una “sal que se torna insípida” (*Mc. IX, 49*), son imágenes que parecen apropiadas para reflejar la hora presente del mundo, en ciertas tierras de antigua solera cristiana. Se ha hablado de la aparición de un “neopaganismo” postcristiano, caracterizado por el rechazo de la verdad y el retorno a los mitos, a las “fábulas” (cfr. *2 Tim. IV, 4*), y ha de reconocerse que esas expresiones no son del todo inadecuadas. Cabe hablar de una sociedad que fue cristiana, aquejada de un mal que el cardenal J. Ratzinger llamó “cansancio de la fe”; de la aparición de un tipo de hombre que “no percibe las cosas del Espíritu de Dios, pues son necedad para el y no puede conocerlas” (*2 Cor. II, 14*).

Aunque tal vez no lo parezca a primera vista, cabe pensar que un factor tremendamente empobrecedor de las sociedades desarrolladas de hoy sea la extensión de un sentido de frivolidad que, cual si fuera una droga, adormece el espíritu del hombre y le hace avanzar como un sonámbulo por el camino de la vida. El pecado y el mal siempre han estado presentes en la historia del mundo, aunque nunca se hayan aireado tanto como ahora, en esa “crónica negra” que muchos medios de información han convertido en contenido normal de su información cotidiana. Lo nuevo quizá sea el martilleo de impactos externos a que está sometida la persona, que vacían y desecan su interioridad, hasta el extremo de empobrecerla y hacerle imposible la reflexión sobre lo esencial: sobre el sentido de su vida en la tierra, sobre el ¿por qué? y el ¿para qué? de su propia existencia. Nunca el hombre se había apasionado tanto como ahora por cuestiones, no males, sino indiferentes y banales. Es asombrosa la capacidad de las muchedumbres para afrontar toda suerte de

incomodidades por no perderse el recital del cantante de moda, el concierto de "música rock" o el trascendental partido de fútbol, que se juega tres o cuatro veces por semana. ¿Y qué decir de la entrega y hasta del heroísmo que derrochan algunos en defensa de causas e ideales de menor cuantía, a veces simples bagatelas? Quizá parezca exagerado, pero creo sinceramente que la invasión de la frivolidad constituye un factor de desintegración espiritual, tanto del hombre como de las modernas sociedades.

## 2. El eclipse del amor

"Y al desbordarse la iniquidad se enfriará la caridad de muchos" (*Mt. XXIV, 12*). La crisis del amor es otro de los fenómenos que caracterizan en las sociedades opulentas el momento presente de la historia. El propio sentido de la palabra "amor" se ha degradado e incluso envilecido. En el lenguaje de muchos ha quedado reducido a satisfacción de instintos o de pasiones carnales. Esa caricatura de amor tiene como fuerza determinante el egoísmo avasallador. La primera consecuencia de la crisis del auténtico amor ha sido la extensión de un fenómeno que ha llegado a convertirse en auténtica epidemia: el divorcio. La ruptura del matrimonio tiene graves consecuencias sociales, porque lleva consigo la disolución de la familia. La proliferación del divorcio ha sido favorecida por un difuso "acostumbramiento" que lleva a considerar como "normales" las quiebras conyugales y las nuevas "situaciones" pseudo-matrimoniales, cuando no las llamadas "parejas de hecho", efímeras e irresponsables.

Primeras víctimas de las crisis matrimoniales —pese a las medidas edulcorantes de iniciativa familiar o judicial— son los hijos: unos hijos forzados a vivir a la intemperie, sin el techo protector de un auténtico hogar. Pero la crisis del amor en las familias alcanza también, y muy duramente, a los mayores. La soledad de los ancianos constituye una forma cada vez más frecuente de la "nueva pobreza", tan común en las modernas sociedades

ricas y secularizadas. Una pobreza sin duda más dolorosa que la escasez de los recursos materiales, que tal vez no falten como faltaron antes. Es la pobreza de los nuevos indigentes que han de pasar la última época de su vida confinados en una buhardilla o (concentrados en residencias —que si falta el espíritu cristiano pueden convertirse en reservas— de ancianos, que nunca esperan visitas ni se sienten arropados por la compañía o al menos el recuerdo de sus familiares.

Pero tampoco falta la pobreza material en muchos hogares, sobre todo en tantos lugares del mundo, donde millones de personas carecen de lo indispensable. Las diferencias económicas entre pueblos son tal vez hoy más sangrantes que nunca, y además los medios de comunicación hacen más "palpables" los contrastes entre las carencias de unos y la sobreabundancia de otros. Esta opulencia es el resultado del incesante incremento del nivel de vida que ha venido dándose en los países del primer mundo, durante la segunda mitad del siglo XX. Se trata de un fenómeno que, junto a muchas consecuencias beneficiosas, ha traído consigo otras más desfavorables. El espíritu de riqueza constituye el supremo valor, para muchos miembros de la sociedad opulenta. El deseo de tener siempre más y más cosas, el afán por descubrir y crearse nuevas necesidades son incompatibles con el sentido de la pobreza cristiana y provocan una oleada de materialismo práctico, porque el corazón del hombre, perdida su libertad, queda sujeto a la servidumbre de los bienes temporales.

Y, como colofón de esta primera parte, que trata de sintetizar algunos rasgos dominantes de las sociedades modernas, la pregunta siempre inquietante de Cristo: "Pero, cuando vuelva el Hijo del Hombre, ¿encontrará fe sobre la tierra?" (*Lc. XVIII, 8*). A los cristianos toca dar la respuesta, y orientar el sentido de los futuros capítulos de la historia humana.

## I

## HACIA UNA NUEVA SOCIEDAD CRISTIANA

**1. Perspectivas de una cosmovisión cristiana**

Ser cristiano hoy no será sólo la herencia de una tradición familiar, ni la consecuencia de pertenecer a un pueblo o a una sociedad cristiana. En una sociedad secularizada como la actual, ser cristiano significa otra vez, como hace veinte siglos, ser discípulo de Jesucristo, hombre que responde personalmente a una invitación del Señor a comprometer su vida, a marchar en su seguimiento (cfr. *Mt. XVI, 24*). "Católico no practicante" es hoy una entelequia, y católico tan sólo "practicante" puede ya resultar insuficiente. Hoy el cristiano necesita ser un hombre de fe, que cree —como Pedro— que Jesús es el Hijo de Dios vivo (cfr. *Mt. XVI, 16*); y un hombre que se esfuerza, en consecuencia, por ordenar la vida de un modo coherente con la fe que profesa. Este cristiano podrá resistir los embates de la secularización ambiental y ser fermento para la "re-creación" de una nueva sociedad cristiana. Intentemos diseñar algunos rasgos de su cosmovisión personal y de las líneas de fuerza de su fe operativa.

Punto de partida de toda cosmovisión cristiana es la aceptación por el hombre de su condición de criatura y del necesario sentido de adoración a Dios: "escrito está: al Señor tu Dios adorarás y solamente a Él darás culto" (*Mt. IV, 10*). El cristiano no se resigna a ser —porque no lo es— una partícula perdida del cosmos, fruto del azar ciego o de la casualidad sin sentido. Se sabe traído a la existencia por una Voluntad creadora e inserto desde siempre y para siempre en el orden de una Providencia inteligente y paternal. Y cree que a él y a cuantos recibieron al Hijo de Dios hecho hombre les ha sido dada "la potestad de ser hijos de Dios" (*Ju, 1, 12*). La fe en Jesucristo desvela ante el hombre el sentido de la vida y de la muerte: el hombre creado participa por la gracia en la vida divina; su destino no es la extinción, la nada, como aceptan resignadamente los neopaganos. Por eso —dice el

Beato José María Escrivá en *Camino*, 738—: “A los otros la muerte les para y sobrecoge. A nosotros, la muerte —la Vida— nos anima y nos impulsa. Para ellos es el fin: para nosotros, el principio”. La muerte cristiana —la “muerte en el Señor” (*Apoc. XIV, 13*)— es bienaventurada, porque abre las puertas de la inmortalidad.

El discípulo de Cristo, bien consciente de su propia identidad, acepta el desafío de vivir como ciudadano en la sociedad contemporánea. Y no teme constituir en ella una excepción, afirmando —sin presunción, pero con fortaleza— el hecho diferencial cristiano. Como en los primeros siglos del Cristianismo, no temerá disentir del conformismo dominante en la sociedad actual ni se avergonzará de sorprenderla con olvidadas novedades.

## 2. La sociedad cristiana en el mundo actual

Una primera novedad podrá ser la del valor ejemplar del matrimonio cristiano: uno, indisoluble y... feliz, pese a los inevitables avatares de la vida, porque está asentado sobre un auténtico amor, que perdura siempre y se acrecienta con el tiempo. Consecuencia y fruto del matrimonio cristiano es una familia a la medida de los designios de Dios, donde los hijos concebidos puedan nacer sin riesgos, y los mayores vivir y envejecer en paz y con compañía.

El espíritu de pobreza —necesario para el discípulo de Jesús—, emancipa a los hijos de Dios de la servidumbre de las cosas y contribuye a mantener el afecto y la armonía entre los miembros de una misma familia. El clima de sobriedad enseña a los hijos a vivir austeramente y abiertos a las necesidades ajenas. Téngase en cuenta que los jóvenes de hoy se muestran particularmente sensibles a las demandas de la solidaridad: al sacrificio y la entrega, que las impulsan a llenar de contenido y de ideales nobles sus vidas.

La sociedad contemporánea ha de afrontar el reto que la plantean no pocos problemas inéditos, para los cuales los cristianos deben ofrecer sus propias respuestas. Unas respuestas fun-

dadas en la Santa Ley de Dios, el Magisterio de la Iglesia y la luz del sentido común. Así ocurre en primer lugar en lo relativo a la defensa de la vida humana —desde el principio hasta su fin natural—, una causa que las mentes no deformadas han de reconocer como la buena causa. El respeto a la dignidad de la persona humana parece hoy un lugar común, al menos en el plano de los principios. Cualquier hombre por el hecho de serlo —y para el creyente, por haber sido creado a imagen y semejanza de Dios y redimido por Cristo— es absolutamente digno de respeto. Pero conviene matizar esa afirmación, observando que el hombre, con su conducta, ha de contribuir a hacerse acreedor de esa respetabilidad; y actualmente se registran fenómenos como la exacerbación de la sexualidad o el desbordamiento de la sensualidad, que no contribuyen a dignificar la persona sino a envilecerla.

No basta tampoco con declarar los derechos del hombre; hace falta que el hombre —la persona concreta—, cumpla con sus deberes y respete los derechos de los demás. El cristiano ha de ser ejemplo de virtudes humanas y sobrenaturales y reflejar en su vida los rasgos de discípulo de Jesús. El respeto a la dignidad humana ha de tenerse muy en cuenta a la hora de enjuiciar la moralidad de cuestiones muy delicadas, derivadas de los modernos avances en torno a temas como la ingeniería genética o las manipulaciones biológicas. Una mención especial merece el respeto a la dignidad de la mujer, que incluye el acceso a todas las profesiones adecuadas para ella, en plan de igualdad con el varón. Pero sin perder de vista la relación de complementariedad entre hombre y mujer y el hecho de que ésta no puede renunciar a su feminidad, ni a la función de esposa y madre que le corresponde en el seno de la familia, y en la cual es insustituible.

### 3. Los grandes desafíos

Dos grandes tareas de amplia proyección social demandan todavía el esfuerzo de los cristianos: la reconstrucción de una religiosidad popular y el empeño ecuménico. La Iglesia no fue instituida por Cristo como una comunidad de "perfectos". Es el pue-

blo de Dios, evoca incluso el recuerdo de aquella multitud —“ovejas sin pastor”—, que suscitaba la compasión de Jesús: “me da pena la muchedumbre” (*Mt.* VIII, 2). Sin religiosidad popular sería vano cualquier intento de rehacer una sociedad cristiana. La mentalidad secularista podría admitir una religión personal, reclusa en el secreto de las conciencias o en el claroscuro de los templos; mas nunca una sociedad cristiana. Pero la voluntad salvífica de Dios es universal, y el designio de Cristo puesto en lo alto, es atraer a sí todos los hombres y a todas las realidades de la tierra (cfr. *Io*, XII, 32). La levadura evangélica —no se olvide— es necesaria; pero no tiene por misión permanecer encerrada en sí misma, sino fermentar toda la masa (*Mt.* XIII, 33).

Mantener vivas tradiciones cristianas de honda raigambre, sin permitir que se conviertan en simples celebraciones folklóricas vacías de contenido espiritual, es un buen medio de contribuir a la renovación de la religiosidad popular. La memoria del Nacimiento, Muerte y Resurrección de Jesucristo, la vivencia de tiempos señalados del Ciclo litúrgico —como la Cuaresma o el Triduo Pascual— los ejercicios de piedad mariana, tanto personales como a escala familiar, la devoción a santos especialmente venerados en determinados lugares son otros tantos campos abiertos a la acción de la Iglesia. No es ninguna idea original decir que la celebración de romerías tradicionales y la pertenencia a cofradías constituyen en ciertas regiones buenas oportunidades. Los propios funerales pueden ser una excelente ocasión para recordar a los presentes —huyendo de la homilética estereotipada— la doctrina católica acerca del sentido de la vida, de la muerte y del más allá. Y queda todavía por señalar el principal de todos los objetivos: la recuperación del “día del Señor”, gravemente dañado por la difusión del fenómeno del “Week-end”. “Cuando el domingo pierde su sentido originario —ha escrito el Papa Juan Pablo II— puede suceder que el hombre quede encerrado en un horizonte tan restringido que no le permita ver el cielo” (Carta Apostólica *Dies Domini*, 4).

Una última gran tarea abierta a los cristianos de nuestro tiempo es el empeño ecuménico, incluido el diálogo interreligioso. La unidad de los cristianos constituye un mandato imperativo de

Cristo *-ut omnes unum sint*, "que todos sean uno: como Tu, Padre en mí y Yo en Tí, que así ellos estén en nosotros" (Jo, XVII, 21). Pero dejando bien sentado que Jesucristo es el único Redentor del mundo y que el Señor no ha fundado más que una sola Iglesia: "sobre esta piedra edificaré *mi* Iglesia" (Mt. XVI, 18).

*Novo millennio ineunte*, en el camino de un nuevo milenio, así ha titulado el Papa Juan Pablo II su Carta Apostólica fechada el 6 de enero de 2001. Construir una "civilización del Amor" es el reto que han de afrontar los cristianos en el umbral del siglo XXI, el primer siglo del tercer milenio. Para llevarlo adelante no podrán menospreciar ninguno de los recursos que ofrece la modernidad, ningún avance de la ciencia o de la técnica. Pero los discípulos de Jesús serán siempre conscientes de que la gracia de Dios, la fe viva y operativa y la oración habrán de ser sus armas más poderosas.